

pensamiento; y la antonomasia que personifica las cualidades dándoles un carácter mas noble y elevado; todos estos modos de enunciaci6n se deben utilizar, porque prestan al discurso un colorido de belleza de que sin duda careceria si se renunciase á estos vistosos atavíos.

Entre las figuras de palabra son muy útiles la repeticion, porque aumenta la fuerza en cada inciso, miembro ó período, empezándolo con una voz enteramente igual que por necesidad ha de reproducir la idea y el recuerdo: la conversion, porque lleva siempre á parar el movimiento de la idea sobre el mismo punto: la complecion, porque reúne el mérito y la energía de las dos anteriores: y la conduplicacion, porque repitiendo seguidamente la misma palabra, logra grabar la idea de una manera mas profunda é indeleble.

La gradacion en las pruebas es tambien de mucho efecto, porque en su trabazon y en su brevedad encierra una fuerza notable: y por último, lo son las descripciones, que dan al discurso majestad ó gracia, al mismo tiempo que belleza.

En cuanto á las figuras de pensamiento, la de uso mas frecuente es la interrogacion, que puede compararse á una saeta encendida. La antítesis, la comparacion, la concesion, la anteocupacion ó prevencion, las pretericiones, la dubitacion y otras parecidas, son muy á propósito para dar á la arenga toda la dignidad, brillo, armonía y valor que debe tener. La amplificacion sobre todo, es de una necesidad continúa, porque sin ampliificaciones habrá una serie de conceptos secos y estériles, de forma rígida y severa, un esqueleto sin carnes ni ropajes, pero no una imágen engalanada que agrade y seduzca á los sentidos.

La exclamacion, finalmente, produce á las veces un resultado increíble. Ella forma por sí sola un juicio, y hace brotar un afecto; porque es el suspiro del alma envuelto en un sonido inarticulado pero elocuente, el eco de una pasion que se revela en un solo *ay*, sobre el cual el corazon de los que escuchan corre toda la escala de los presentimientos, y escribe instantáneamente un poema entero de deseos, de felicidad ó de infortunio.

¿Pero qué sistema deberá seguirse en la esposicion de las pruebas? ¿Deberán amplificarse siempre para que aparezcan con mas riqueza, ó reducirse por el contrario á frases lacónicas y ceñidas, que adquieran en su concision mayor fuerza y energía? Debe usarse de uno y otro método á la vez para que la diccion sea variada, y evitar aquella monotonía que hasta en lo bello cansa y produce el fastidio. El orador diestro sabrá sacar gran partido de esta variedad. Cuando amplifique, tocará las circunstancias que mas resaltan, y que por lo mismo han de hacer mayor impresion, aunque anunciadas en un solo golpe de pincel; hará su demostracion mas interesante; recorrerá toda esa escala en que irá aumentando por grados la conviccion y asentimiento del auditorio. Y cuando tomando diverso rumbo se proponga ceñir en lo posible sus reflexiones dándoles una forma vigorosa y punzante como la de la espada que penetra hasta el corazon, entonces agrada al oido y á la expectativa del alma, por esta variedad delicada, y hará sentir con mas fuerza, porque el impulso será mas inesperado y mas rudo. Hé aquí una muestra de este segundo género que siempre en las pruebas es de un poder incalculable. Amigos del pueblo los dos hermanos Gracos y ambos insignes oradores, Tiberio poseia una elocuencia dulce y afectuosa, en tanto que la de Cayo era apasionada y ve-

hemente, hasta el punto de tener tras de sí á un flautista, para que le diera la conveniente entonacion cuando se la hacia perder el calor de su entusiasmo. El primero habia propuesto una ley que tasaba la fortuna de los ricos; pero su compañero en el tribunado minaba en secreto su obra y echaba mano de todos los medios para hacer abortar la reforma. Entonces Tiberio pide la destitucion del tribuno faccioso, y haciéndose cargo de que se le podria oponer el carácter sagrado de aquella magistratura, esclama: "Es inviolable el tribuno si quemara el arsenal, y aun si desmantelara el capitolio; mas no cuando amenaza al mismo pueblo. Tambien la dignidad real era sagrada, y sin embargo, nuestros mayores espulsaron á Tarquino. Son mas sagradas que nada las vestales, y no obstante, se sepulta viva á la que comete culpa. Del mismo modo el tribuno que ofende al pueblo no debe por su prerogativa ser superior al pueblo mismo, puesto que mina el poder que constituye su fuerza."

Este lenguaje enérgico y acerado, nos recuerda el de Caton cuando se propuso en el Senado que se dieran gracias á César. Acababa éste de dominar las Galias, habia penetrado en las islas Británicas, y presentado á los pies de la orgullosa Roma como trofeos ochocientas plazas tomadas, trescientos pueblos sometidos, un millon de muertos y otros tantos cautivos. Pero entre tantas victorias se veia al lado del héroe, al inhumano devastador. En Avarino habian sido pasadas á cuchillo treinta y nueve mil doscientas personas inermes, sin que el conquistador que refiere por sí mismo con una increíble sangre fria esta bárbara matanza, pronunciase una sola palabra para ponerle término. Despues los Galos arrojan de sus poblaciones asediadas y afligidas por el hambre, á los inútiles que se presentan con las lágrimas

en los ojos en los reales de César. Mas éste manda que se les rechace á flechazos, insensible y duro á tanta miseria. Hacia tambien azotar á los gefes vencidos antes de entregarlos á la muerte, y no pocas veces ordenaba que se cortasen las manos á todos los prisioneros, á pesar de que con una calculada hipocresía se vanagloriaba de ser dulce y clemente, y solia decir que la idea de una sola crueldad seria para su vejez una penosísima compañera. En Roma se sabian todos estos hechos cuando se van á decretar las gracias al hombre cuyo poder y miras ambiciosas llenaban de espanto á todos sus conciudadanos. Pero Caton lleno de un despecho y de una cólera indefinibles, se levanta y dice: "¿Cómo se habla de acciones de gracias? Deberia hablarse mas bien de espiaciones y súplicas á los Dioses para que no castiguen en nuestro ejército los crímenes de su caudillo: de la entrega del delincuente á los Germanos á fin de que no aparezca jamás que Roma tolera el perjurio."

Este lenguaje es tan cortado y vigoroso, como el que antes hemos citado en boca de Tiberio Graco. "¡Pero qué desgraciado fué este tribuno! Tuvo el mismo fin que regularmente tienen todos los que abrazan la defensa de la causa santa de la humanidad. Ejemplo que debe servir si no para la cobardía ó la indiferencia, para la prevision al menos de los que dotados de un alma grande y generosa, quieren seguir la misma huella."

Llega el dia de la reunion de los comicios, y Tiberio espera que la eleccion le sea favorable: Hiélale, sin embargo, la sangre un funesto presentimiento al ver que dos serpientes habian depositado los huevos en su casco, que tropieza al ir á salir de su casa, y que dos cuervos que reñian á su izquierda dejan caer una piedra sobre sus mismos pies. Estos accidentes á que la supers-

ticion romana daba tanto valor, convierten en recelo la impaciencia de Tiberio que llega al Senado formando presagios tristes. Los senadores estaban armados, y le rodean y estrechan con ademán amenazador. El lleva las manos á la cabeza para indicar á sus parciales que se ve amenazado de un gran peligro. Sus contrarios gritan que pide una corona, se arrojan sobre él, y lo asesinan con todos los demas que participaban de sus intenciones y deseos.

Quedaba otro hermano y otro orador vehemente consagrado á la defensa de los intereses populares, que pasado algun tiempo pide el restablecimiento de las antiguas leyes de Roma. Es declarado enemigo de la patria y se pone á precio su cabeza. Despues de una batalla desgraciada en que perecieron tres mil ciudadanos, se refugia en un bosque cerca del monte Aventino, donde hace que le traspase el pecho con su espada un esclavo que le habia permanecido fiel. Los cadáveres de estos ilustres nietos de Escipion fueron arrojados al Tíber, se confiscaron sus bienes, y no se permitió á sus viudas vestir luto en señal de dolor, en tanto que el cónsul Opimio, triunfador en esta jornada fratricida, erige en acción de gracias un templo á la concordia. Así juzgan á las veces los pueblos y sus gefes, y se proclama que se salva á la patria, cuando se cometen sacrílegos atentados, y se dá muerte á sus mejores hijos. Pero volvamos al punto de que involuntariamente nos habíamos separado.

PARTE DE AFECTOS, EPILOGO Y CONCLUSION.

En estos períodos del discurso parlamentario ya hemos dicho que se debe abandonar el orador á la pasión, porque ésta sabe mas que todas las reglas. El momen-

to en que la pasión se revela en los arrebatos, en los giros, en las imágenes, en los trasportes y en el fuego que chispea en la diccion toda, el orador se convierte en otro hombre; en un semi-dios que habita en una inaccesible altura, y que desde ella derrama una voz vibrante y poderosa sobre los que le escuchan atónitos y entusiasmados en medio de un silencioso recogimiento. Este fuego, que ni siquiera comprende el mismo que lo siente, se estingue en el instante en que deja la tribuna, y no hay que pensar en trasladarlo al papel ni en comunicarlo á la imprenta para que lo divulgue, porque esta uncion y este sentimiento no pertenecen mas que á la palabra instantánea, nacen, viven y mueren con ella.

Así como hemos aconsejado que en la parte de prueba se procure imitar á Ciceron aunque con menos lujo y redundancia, en esta aconsejaremos que no se tome tal modelo, y que se prefiera al gran Demóstenes. Ciceron, hombre sin duda de un talento y de un mérito extraordinarios, hombre que empezó su carrera de tribuna á la edad de veinte y seis años entre los frenéticos aplausos de una multitud embelesada con la dulzura de su armoniosa oratoria; que despues fué á perfeccionarse á Grecia, y que allí mereció que Apolonio suspirase al oírle declamar, preveyendo que aquel jóven arrebataria á su pais la gloria del saber y de la elocuencia, y que aun no contento ni satisfecho de sí mismo, tomó por maestro al cómico Roscio para que le enseñase la acción que tanto ayuda á la palabra, este hombre, sin embargo, hijo de las reglas y del estudio, no tiene esa viril fecundidad, ese nervio en sus conceptos, esa sublimidad en sus pensamientos é imágenes que descubren en un solo rasgo al orador soberano. Sus arengas, recogidas por sus libertos y especialmente por Tirón, autor de las no-

tas taquigráficas, y limadas y pulidas despues por el mismo Tulio, nos descubren su parte débil, y que atento siempre á los preceptos del arte, al punto en que debia pararse, llevar la mano á su frente ó limpiarse el sudor segun lo previene en sus obras, carecia de aquella imaginación ardiente y osada sin la cual son imposibles los pasmosos arranques y los golpes maestros que nos sobrecogen ó embriagan. Tal vez parecerá infundado y en demasía atrevido este juicio; pero oigamos para escusarlo el paralelo que un autor tan entendido como imparcial ha hecho de los dos oradores de Roma y de Atenas. "Hay mucha diferencia, dice, entre Demóstenes y Ciceron, porque el primero tiene mas energía, y el segundo mas amplificaciones. Nada se puede quitar en Demóstenes, ni nada se puede añadir en Ciceron. El primero puede servir de modelo en nuestras asambleas actuales; pero el que discurriera en el dia en las cámaras á estilo de Ciceron, seria silbado infaliblemente. Demóstenes se lanza contra los obstáculos como un torrente contra sus diques; arroja espuma, se hincha, se eleva hasta lo verdadero y sublime, y se conoce en él la pujanza del hombre que antes de subir á la tribuna se habia ejercitado á la vista de los mares, en dominar el rujido de las olas en la playa. Ciceron por el contrario carece de obstáculos, y la compacta facilidad de su palabra jamás le hace tocar en el verdadero sublime. Dispone como un soberano de las palabras, pero descubre que se ha formado en la escuela, y se encuentran en vez de aquellos torrentes de una luz fecundante derramados del seno de un sol inagotable, los reflejos graciosos de la luna que esparce sobre todo sus inciertos fulgores."

Ni podia menos de ser asi. Demóstenes era de un carácter severo, exento de debilidades y de complacencias,

republicano de corazon y con pocos deseos, firme en sus propósitos como en sus amistades; en tanto que Ciceron tenia un carácter débil segun lo acreditó su abatimiento en el destierro, con una vanidad ofensiva que le hacia esclamar aludiendo al peligro de que habia libertado á la patria en la conspiracion de Catilina. "¡Oh Roma afortunada, bajo mi consulado nacida!" Y decir otras veces: "Cedan las armas á la toga, el laurel á la palabra;" esta vanidad le hacia buscar elogios, comodidades y fortuna, y por último, se le veia inconstante en sus opiniones y mas aún es un samistades, de modo que de contrario que era de César y de Craso, los elogió sobremanera cuando los vió reunidos, y de partidario acérrimo de Pompeyo cambió hasta el punto de dirigirle crueles invectivas. Asi no se puede ser orador sublime. Para conquistar esa palabra de fuego que domina, manda y arrastra, es necesario vivir en la region de los principios mas que en la vida especuladora y acomodaticia de la sociedad, es menester cerrar los oidos al temor y al interés, para oir solo la voz del deber y de la conciencia. Una circunstancia debe, sin embargo, esponerse en favor de Ciceron, y es que despues de haber mostrado en otras ocasiones tanta debilidad, supo morir con valor sacando su cabeza de la litera y mandando con energía al veterano que le hiriese sin tardanza. Asi el que habia vivido por su volubilidad como niño, merece gran renombre á parte de tantos otros títulos por haber muerto como héroe.

Las figuras son el trage con que se visten las ideas, y desde luego se comprende que las que se usen en la parte de afectos, en el epílogo y la conclusion, deben ser proporcionadas á la elevacion y grandeza de este período del discurso. La interrogacion, cuya forma es siem-

pre viva y siempre apremiante; la subjecion, en que el mismo orador que redobla las preguntas se encarga de responder por su adversario; la dubitacion, que bien manejada produce un efecto portentoso; la optacion, que expresa un deseo vehemente; la imprecacion, que revela la pasion desbordada y casi rayando en el delirio; la apóstrofe y la prosopopeya cuando la magnitud del objeto ó materia la permiten, forman otros tantos giros de espresion, que dan á la palabra un realce de solemnidad y vigor á que no puede resistirse ni aun el corazon mas frio é insensible.

Pero lo que mas acredita al orador parlamentario son las salidas rápidas producto de la casualidad del momento, y verle levantar instantáneamente sobre ella un cuadro de elocuencia magnífica que jamás hubiera podido concebir el estudio y la meditacion. Hé aquí uno de esos rasgos oportunos y rápidos que tanto sorprenden.

Un jóven, llamado Bruto, acusaba al célebre orador Craso, y tildaba á la vez de contradictorio el sentido de sus discursos. Craso para contestarle empezó por leer unos diálogos escritos por el padre del mismo Bruto, en que se detenia en describir una casa de campo que habia construido y en que pasaba dulcemente sus horas de ocio y de solaz. Interrumpiéndose aquí Craso, preguntó á su acusador qué habia hecho de aquella propiedad, y sobre esta base empezó un acalorado discurso que debia salvar su causa. Pero á este tiempo repara que pasaba por el foro el acompañamiento fúnebre que conducia el cadáver de una dama romana. Se aprovecha el orador de esta casualidad, y dejando el hilo de su arenga, dirige á su adversario este sostenido y terrible apóstrofe: “¿Qué haces ahí tranquilamente sentado? ¿Qué es lo que quieres que esa muger respetable

diga á tu padre? ¿Y qué dirá á aquellos cuyas efigies lleva á su lado? ¿Qué dirá á Junio Bruto que emancipó á este pueblo de la dominacion real? ¿Le dirá lo que haces? ¿De qué intereses, de qué gloria, de qué virtud te has ocupado? ¿De aumentar tu patrimonio? Aunque poco noble te pasaré esa pretension. Pero si á la sazón nada te queda, si el libertinage lo ha absorbido todo, ¿te aplicas al menos á las cosas de la guerra? Pero si nunca has visto un campamento, ¿te consagras á la elocuencia? Pero ni sombra tienes de tal cosa, ni jamas has empleado tu voz ni tu lengua sino en este innoble comercio de la calumnia. ¿Cómo osas mostrarte á la luz del dia? ¿Cómo osas mirarnos, aparecer en el foro, residir en la ciudad, y presentarte á los ojos de los ciudadanos? ¿No te asusta esa muger muerta, asi como las imágenes á que no has reservado ningun puesto, no ya para imitarlas sino para conservarlas?”

Este era un vivo apóstrofe que produjo en favor de Craso el resultado que se debia esperar, porque ademas de la fuerza que en sí tiene siempre este movimiento, se dió gran valor á lo inopinado de la salida, y al orador que tan buen partido sabia sacar de aquel extraño accidente.

Una advertencia queremos hacer antes de dejar esta materia. La parte de afectos es en un discurso la mas elevada y sublime, y debe ponerse gran cuidado en huir en ella de todo amaneramiento, porque se ha dicho, y se ha dicho muy bien, que del sublime al ridículo no hay mas que un paso. En vez de las minuciosas reglas que trazó Ciceron, nosotros no daremos mas que una. Que tome el orador por guia á la naturaleza, que ceda siempre á los impulsos de su corazon, y que siga sin vacilar

las corrientes de su inspiracion creadora, que ella le dictará á la vez las palabras, las formas de expresion, y los ademanes. Sin que él lo piense ni lo procure, su pronunciacion será mas veloz y acalorada que lo haya sido antes, porque la pasion se anuncia con mas ardor y violencia que la razon tranquila y reflexiva. Aumentará tambien la celeridad de la palabra al final de los períodos, porque la expresion de las concepciones del espíritu, como los cuerpos físicos en su caída, apresuran su movimiento segun van aproximándose al punto á que se dirigen.

Que no se olvide que esta es la parte de la arenga mas vehemente y decisiva, y en que el orador recoge los aplausos que sirven de trofeo á su reputacion: la parte verdaderamente espontánea, verdaderamente inspirada, la que le dá sobre el auditorio un poder sobrehumano: en ella, como há dicho un autor célebre, "parece que el orador tenga una virtud desconocida, por la cual dominando á la vez sobre los espíritus y sobre la materia, atrae á su gusto los sentimientos de lo bello para iluminar las almas. Ayudado de su instrumento victorioso, estiende su poder sobre la naturaleza entera: brilla, atruena, fulmina, nos conmueve, nos agita, nos encanta, y deja por todas partes la viva huella de su inteligencia y de su energía. Hace salir de su laud melodioso y divino todo lo que el hombre sueña de mas grande, de mas verdadero, de mas bello y de mas sublime. Su palabra se anuncia melodiosa ó fuerte, y exalta ó estasia."

Siguiendo estas reglas el que se propone ser orador parlamentario, y aplicándolas sin cesar en sus trabajos y ensayos solitarios, ve que la palabra rebelde en un principio se le va sometiendo lenta, pero dócilmente, que cada dia la maneja con mas facilidad y acierto, hasta

que por último adquiere por completo su dominio y puede sin ningun género de temor abordar la tribuna, y decir parodiando una frase conocida: "Y yo tambien soy pintor."

